

IV Seminario de Comunicaciones de Iglesia

Comunicar para construir una cultura del Encuentro

Comunicación para una cultura del Encuentro

+ Santiago Silva

Obispo Castrense de Chile, presidente de la Conferencia Episcopal de Chile

Santiago, 24 de abril de 2017

1- Saludos

Ante todo, un cordial saludo a las autoridades y a todos los presentes y nuestra expresión de gratitud, desde la Conferencia Episcopal, a los expositores y panelistas y a las instituciones que nos han acompañado en la organización de este IV Seminario Internacional de Comunicación de Iglesia.

2- Tiempos nuevos de comunicación

Vivimos un momento histórico marcado por la masificación de las tecnologías de la información y la comunicación, que ciertamente ya no son nuevas, pero que –sin embargo– no dejan de desafiarnos. Se impone, pues, la pregunta: ¿cómo escapar a la «infoxicación»?

En su Mensaje para la Jornada de las Comunicaciones Sociales, que se celebrará este año el 28 de mayo, solemnidad de la Ascensión del Señor, el papa Francisco nos invita a una comunicación constructiva que, rechazando los prejuicios contra los demás, fomente «una cultura del encuentro» centrada en la persona y su dignidad y en la verdad y la justicia como fundamento del bien común.

Una comunicación que fomente «la cultura del encuentro» se inscribe en la dinámica teológica y salvífica de la Encarnación y del Misterio Pascual, dinámica de la que brota – para nosotros los creyentes– una manera peculiar de comunicar. Esta dinámica nos hace capaces de trabajar, en las múltiples formas en que se lleva a cabo hoy la comunicación, con la certeza de que es posible manifestar la buena noticia presente en la realidad de los acontecimientos y en el rostro de cada persona y ponerlos en el horizonte escatológico de la salvación plena.

Cada nueva época necesita su impronta. Por ello, ¿es posible hoy una auténtica comunicación sin el «principio–misericordia»? Pareciera que la comunicación está reñida con la misericordia. Pero el Papa Francisco nos recordó que la Iglesia «está llamada a vivir la misericordia como rasgo distintivo de todo su ser y actuar. Lo que decimos y cómo lo decimos, cada palabra y cada gesto debería expresar la compasión, la ternura y el perdón de Dios para con todos». La comunicación en la Iglesia y desde la Iglesia tiene que estar toda ella impregnada por los reflejos de la misericordia de Dios.

El desafío de comunicar así, que no es exclusivo para la Iglesia, nos invita a reflexionar en los contenidos y en las formas con que la persona humana y los grupos sociales son

tratados en los medios masivos y en las redes sociales. Una buena comunicación siempre pone su centro en la dignidad del ser humano y promueve el bien común.

3- ¿«Vinculación» o «comunicación»?

El propósito de una comunicación auténtica es la relación entre personas, es decir, el encuentro en vista de la comunión.

El inventor de esta original y sorprendente forma de comunicarnos es el mismo Dios. Él la inauguró cuando inició la historia de la salvación e hizo que su Hijo se hiciera uno de nosotros en cuanto «su Palabra». Su Hijo es la Palabra por la que Dios se dice con el propósito de salir a nuestro encuentro. Y es Palabra veraz, Palabra plena de misericordia, Palabra de vida nueva. ¡El primer comunicador es Dios!

Jesús, Palabra del Padre, sale a su vez mediante sus propias palabras y acciones al encuentro nuestro y de lo más nuestro. Al respecto, conmovedor y testimonial es su diálogo con Nicodemo y la samaritana y tantos otros. Jesús se comunica tocando la fibra íntima del ser humano donde se resuelve la opción fundamental por Dios y los demás. Su comunicación a nadie deja indiferente puesto que, desde la humanidad de su interlocutor, lo abre al don de Dios como Padre pleno de vida y a la consideración de los otros como hermanos.

Así, Jesús nos enseña que la comunicación es para el encuentro de los seres humanos y no sólo entre ellos, sino sobre todo para el encuentro con el gran Comunicador, es decir, con Dios. La comunicación es para el encuentro y el encuentro para la comunión.

No todo termina aquí. Dios por Cristo, su Palabra, nos busca para hacer que nuestra historia sea salvífica. Lo hace comunicándose. La comunicación es para crear tiempos y espacios de salvación. Desde entonces, el acto de comunicarse entendido como encuentro con el otro lleva consigo un germen de salvación, pues tiene la inmensa potencialidad de abrir a la verdad y suscitar el perdón y la reconciliación. La comunicación desde la revelación es, entonces, el acontecimiento que, en la cotidianidad humana, suscita disposiciones para el encuentro con la Verdad y la Vida, con Jesucristo.

Para que sea así, la comunicación tiene que ser una «ofrenda». Quien comunica tiene que ofrecer la verdad, no sólo la capacidad de «in-formar» (dimensión objetiva), sino la de «ex-presar» (dimensión subjetiva) y «con-vocar» (dimensión social) suscitando el encuentro, la posibilidad de construir juntos, es decir, de vivir los valores del Reino de Dios. No por nada la dinámica de la comunicación divina terminó en la ofrenda del Hijo en la Cruz en cuanto fuente de reconciliación, posibilidad *sine qua non* para el encuentro auténtico. Por tanto, toda comunicación requiere de la ofrenda de sí mismo si quiere ser camino a la comunión de vida del ser humano con Dios y con otros. Esto hace que «lo del comunicador» sea una vocación y no una profesión. La comunicación desde la fe está pensada para el encuentro que busca la comunión como plenitud del ser humano.

Pero, ¿qué sucede?

¿No tenemos acaso la impresión generalizada de que ésta, nuestra «modernidad líquida» caracterizada por la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y privatizada (Z. Bauman), está cargada de crispación social y de desmoronamiento de la persona en cuanto tal? La capacidad de relacionarnos se debilita por la aparición incuestionada del «individuo» cuya vida, centrada y explicada por sí mismo, no necesita de otros. Y la persona, que es esencialmente relación, va dejando su lugar al dominio sin contrapeso de individuos en sociedades individuales.

Quizás esto explique el que hoy, cuando más que nunca empleamos internet y redes sociales, estemos «vinculados», pero no necesariamente «comunicados». Entiendo el «vinculo» como relación que no compromete a la persona, que es externo y muchas veces instrumental. Además, el medio virtual nunca reemplazará el encuentro rostro a rostro, donde el cuerpo es «sacramento» del ser personal, condición fundamental para el encuentro personal, para el diálogo y sus connotaciones, para la intimidad. ¿Cómo comunicarme de verdad si me falta «el sacramento», es decir, el encuentro no mediatizado con el otro? Los «espíritu en-carnados» o la «carne espiritualizada» (E. Mounier) necesitamos ver, palpar, sentir, escuchar...

Así como la Iglesia se definió como experta en humanidad en virtud de la Encarnación y del Misterio Pascual de su Señor, por la misma razón debiera definirse como «experta en comunicación». En el mundo digital, la nueva plaza pública, podemos ofrecer una gran ayuda para que nuestra sociedad pueda escucharse con respeto y cada uno de sus actores, particularmente los constructores de la sociedad, pueda dar su mayor esfuerzo por buscar aquello que hay de bien en el otro, para hacer realidad una cultura más dialogante y menos beligerante, más afectiva y menos efectista, más fraterna y menos virulenta.

4- Palabras finales

Reitero en mi nombre y en el de mis hermanos obispos mi gratitud por este Seminario. Sin duda, será una ayuda para actualizarnos en una comunicación que mire a la construcción de historias de salvación y de comunión. Sólo desde aquí podremos visibilizar a los más vulnerables, promover su dignidad humana y el bien común de la sociedad.